Y dijo, tiernísimo e impresionante:

—Amadísimo, ¡qué inmenso gozo siento pensando en Dios, Sabiduría Eterna y Luz perpetua de felicidad y delicia! ¿No le tienes tú?

San Juan nos dice la hermosura y pureza de esta luz: y el cielo, la ciudad celestial, *no necesita sol ni luna que alumbren en ella, porque la claridad de Dios la tiene iluminada y su lumbrera es el Cordero. Y a la luz de ella andarán las gentes*[19]; esto es, vivirán su dicha, conocerán, se amarán y se gozarán los ángeles y los bienaventurados. Porque todos viven y gozan la dicha en el mismo Dios infinito.

Esta divina luz anunció el Señor en sus Salmos, diciendo: *Andarán o vivirán los bienaventurados en la luz de tu rostro*[20]. Y el rostro de Dios es el Verbo Eterno, la Sabiduría Eterna, la Segunda Persona de la Trinidad, Jesucristo, el Amado del alma. El bienaventurado en el cielo lo ve todo en el Amado del alma, en Jesucristo. Porque la Segunda Persona, que es la Sabiduría, es una misma naturaleza y un mismo Dios infinito y simplicísimo con el Padre, que es el Poder infinito, y con el Espíritu Santo, que es el amor infinito. En la Sabiduría Eterna está el Poder eterno y el amor infinito, un solo Dios, en un mismo acto infinito. El alma bienaventurada todo lo

19. *Apocalipsis*, 21, 23.

20. Salmo 88, 16. *El rostro de Dios*. San Agustín: *De la Trinidad*, IV, 1-3. San Juan de la Cruz, C. esp. c. I.

ve, conoce, posee y goza en Dios, el Amado del alma, en la Persona de Jesucristo. Como en Dios todo es vida y vida infinita, también en Dios todo es luz, luz espiritual e infinita; y *el Verbo era la luz de los hombres*[21]. Los ángeles y los bienaventurados en el cielo o en la bienaventuranza viven y gozan y ven en esa luz.

Y si tú y yo —me insinuó cariñoso—, aquí donde estamos o dondequiera que estemos, vivimos, estamos y nos movemos en Dios, ni nos podemos salir de Dios, que nos está dando la vida y el palpitar y el entender y cuanto tenemos, los bienaventurados en el cielo viven, ven, entienden y gozan en esta luz de la Sabiduría Divina, de la esencia divina, luz sobrenatural, espiritual, divina; viven y entienden en la luz increada y en la vida del mismo Dios y su misma felicidad. De la luz creada, por pura y hermosa que sea, corpórea o puramente espiritual, a esta luz increada, que es Dios, hay una diferencia infinita. Porque ella es el mismo Dios y en el mismo Dios, y todo lo esclarece y viste de hermosura y alegría. Porque es en el mismo Dios, decía antes que no están unos bienaventurados más distantes de Dios que otros, todos están en el mismo Dios. En Dios entiende el entendimiento de todos y de cada uno con su divino entender y en Dios ama y goza la voluntad con su mismo amor y gozo; entiende y

21. Joan., I, 4.

ama el alma. Pero no todos entienden y aman con la misma intensidad y perfección, y a esto se llama estar más cerca de Dios. Todos vemos en la luz y con la luz del sol, pero no vemos todos con la misma perfección los objetos.

Como entiende y ve el alma con el entendimiento directamente en Dios o en el otro ángel o bienaventurado, el lenguaje y la comunicación del cielo es en el silencio, y las dulcísimas armonías y bellezas son en el silencio. Como todo es espiritual y directo en Dios o en unos espíritus con otros, no es posible ni el engaño ni la equivocación. Es la certeza de la verdad y del gozo. Es la comunicación de la verdad, del amor y de la luz directamente de alma a alma, y es comunicación purísima, perfectísima; no cabe estridencia alguna, ni divergencia, ni distinta opinión. Es la verdad pura.

127.—La hermosura de esta Luz, de esto tan divino y gozoso que me explicaba del cielo y su luz, me subyugaba y atraía con gozo. Y en deseo de saber más, le insinué de nuevo:

—¿Y cómo ve el alma? ¿Cómo ve el entendimiento?

Y él, apacible y bondadoso, me miró y preguntó a su vez:

—¿Y cómo ve tu alma aquí con los ojos y ve todos estos objetos? —ante mi silencio a su pregunta explicó el mismo—: Quien ve es tu alma; quien se

da cuenta es tu alma. Un cadáver tiene ojos, pero no ve; ya no está allí el alma animándolo. Tu alma ve aquí mediante los ojos, como con el telescopio acercas las estrellas que no ves, pero las ves tú, no el telescopio, y tu alma es la que ve. En el cielo el alma ve a Dios en esa luz de Dios y en esa luz y los espíritus y los seres de la creación toda y los ve clarísimamente, sin temor a equivocarse. Y los ve de cerca, no sólo en la superficie y por los efectos, sino en lo interior y conociendo sus causas y su origen y su desenvolvimiento. Ve y conoce la esencia misma de los seres con sus propiedades y cualidades. Ve la razón de los seres y de los hechos. Ve lo interior de los cuerpos y los pensamientos y amores de los espíritus. Y, como te decía, ve el amor y entusiasmo y gozo de unos para con otros.

¡Oh beatísima Luz, que ya comunicas la misma Verdad y el gozo de la Verdad! ¡Oh Luz dichosísima, en quien para siempre viviré! ¡Oh Dios, infinita Verdad, infinito Amor y Luz infinita! En Ti ya no hay engaño ni error. En Ti no hay incomprensiones ni tristezas. Eres la Verdad e iluminas la Verdad. Eres el Amor y llenas de Amor. Eres la dicha y comunicas felicidad. El gozo es tu alabanza.

¡El cielo es Dios! —me dijo emocionado—. ¡Dios es la felicidad y la dicha! El cielo es luz, la luz indeficiente y eterna, luz de gozo y de verdad. Todos los bienaventurados y ángeles están en Dios, en el gozo glorioso y en la luz de felicidad de Dios. En esta Luz,

que es la Sabiduría divina, veremos la Luz, o sea, veremos a Dios mismo *como es, cara a cara*[22]; le veremos directamente en su esencia y estaremos en su dicha y en su vida de felicidad. Le veremos infinito en todo bien, creador, conservador y glorificador de todos. Si en la tierra *ningún hombre vio jamás a Dios ni le puede ver, porque vive en una luz inaccesible*[23], desde el momento en que Dios comunica la *luz de gloria* al alma, se hace accesible o visible al alma en su magnificencia, grandeza y gloria infinita. Con la luz de gloria le ve el alma como le ve el ángel. Viéndole, el alma se llena de dicha y de felicidad y se hace bienaventurada para siempre, viviendo y exclamando en la exaltación de la dicha y en el éxtasis de la felicidad y del gozo: «¡Oh Luz beatísima, que con tu suavísimo resplandor me has llenado de la vida y sabiduría infinita de Dios en toda mi capacidad de entender, amar y gozar, y me has envuelto y saturado en tu gloria infinita, haciéndome feliz para siempre, bendita seas! ¡Oh luz felicísima de la Omnipotencia del Padre, de la Sabiduría del Hijo y del Amor del Espíritu Santo, que esclareces los ángeles del cielo, llenándolos de la Sabiduría sobrenatural e inflamándolos en la jubilosa delicia del Amor Eterno y te has dignado llenar también a mí, bendita seas! ¡Oh luz purísima de Dios, que embelleces

22. San Pablo: *I a los Corintios*, 13, 12.
23. San Pablo: *I a Timoteo*, 6, 16.

y llenas de armonías intelectuales-sobrenaturales, superiores a todo sonido, embriagando las almas en tu dulzura llenas todos los mundos, transformas en dicha todos los bienaventurados, llena y embriaga mi alma e imprégnala en tu regalo para que alabe a Dios perpetuamente en éxtasis de divino amor! ¡Oh reinado dichoso de la verdad gloriosa, en la unidad del amor, donde ya no hay opiniones variadas ni distintas! Todos viviremos la gloria de Dios.

128.—Perdona —me dijo, humilde—, que, mirando a esta Luz Eterna, no puedo menos de admirarla y pedirle al Señor me la conceda —y continuó—: ¡Oh Luz Eterna, santifica estos dos hijos tuyos y santifica todos los hombres! Que nos demos ahora cuenta de que vivimos en Ti, empapados y saturados de Ti, que eres la Luz, ahora por la gracia sobrenatural, para que nuestras obras y nuestros deseos sean irradiaciones de tu bondad, de tu resplandor, de tu hermosura.

Después de esta Luz increada y eterna, iluminan también y forman la delicia y felicidad del cielo la luz sobrenatural espiritual pura, y la luz sobrenatural-material, donde viven y gozan y se deshacen en alabanzas jubilosas los bienaventurados.

La luz natural y de los astros, con toda su hermosura, es como si no contara ni existiera en comparación con estas luces sobrenaturales.

No es astro alguno físico determinado el lugar del cielo donde moran y viven los ángeles y bienaventurados. Es esta luz pura sobrenatural. Y el cielo infinito, y la dicha verdadera es Dios, el mismo Dios infinito. Como Dios está íntimo y presente a todas las cosas y está dando vida y hermosura a todo, todas las cosas están en Dios; y en Dios glorioso, que manifiesta y comunica ya su gloria, están los bienaventurados. No está lejos ni a distancia. Estamos en Dios y estamos gloriosamente en Dios glorioso.

Ahora no podemos ni figurárnoslo ni comprenderlo. Dios no tiene contornos ni figura. Dios es simplicísimo e infinito en toda perfección y nos dará a poseer y gustar todas sus perfecciones y siempre estaremos en ese gozo ahora incomprensible para nosotros; entonces será la delicia del entendimiento que lo verá clarísimamente y la gloria de la voluntad que estará llena de dicha.

Capítulo XXI

Dante canta la luz de los bienaventurados en el Cielo

129.—Los poetas son creadores, como lo significa la palabra; creadores de fantasías y de bellezas de dicción.

Dante fue altísimo poeta y cantó el cielo ayudado de la mucha teología que sabía. Supo expresar con la mayor nobleza y elegancia qué es la gloria, como nos la enseña la fe y la teología. Difícil aspiración y altísimo ideal, superior a la capacidad del hombre. Y lo logró como nadie hasta ahora lo ha conseguido en la manifestación poética. Cantó la gloria no describiendo jardines y ciudades y fértiles praderas. Cantó la imagen de la belleza y de la alegría presentándola en la luz. No en esta luz del sol, sino en la luz más alta y más pura, en la luz del cielo. No dice lo que es la luz. Ni sabía ni podía. Es

superior a toda poesía y a toda fantasía. Presenta la luz y canta la luz.

Los bienaventurados se presentan como luz, envueltos y llenos de alegría, iluminados y diáfanos en la luz. Su habla, su belleza, la música delicadísima que se oye o entonan es como de luz, espiritual, producida por la iluminación de Dios. Su alegría y dicha es la luz; el lenguaje, como la luz y la belleza, es en el silencio diáfano de la luz, en deleite espiritual puro. El silencioso lenguaje del cielo es de ángel a ángel, de alma a alma. Es la comunicación de la verdad que el bienaventurado hace en la verdad y transparencia de Dios, en quien todos están, en quien todos se comunican y gozan. Están en la Verdad y en la Belleza, donde todo se ve y se entiende junto y distinto, donde todo se tiene y se goza simultáneo y sucesivo.

El cielo es la armonía divina y la Sabiduría y Amor sobrenatural de Dios llenando al bienaventurado de todo bien en la luz del mismo Dios. El bienaventurado lo ve y lo goza todo en Dios, en la Sabiduría eterna, en la Luz eterna. El cielo es luz espiritual, creada y comunicada en la misma Luz increada donde todo es hermosura, donde todo se ve, donde todo se comprende y alegra. El entendimiento ve en Dios con la luz de gloria que Dios le ha comunicado.

El bienaventurado está envuelto en luz, porque está sumergido en Dios y lleno de la Verdad de Dios.

En la Luz o Sabiduría de Dios ve a Dios y ve todas las criaturas y los seres naturales. Lleno el entendimiento de la Verdad de Dios, en que está sumergido y saturado, ve a Dios y ve la verdad y la realidad natural de la creación en todos sus seres y en su desenvolvimiento. Vive la vida y el gozo de la verdad en la Verdad eterna e iluminado con la luz del cielo.

Quiero recrear mi espíritu recordando algunas de las bellezas y armonías de esta luz del cielo que Dante hizo resaltar. Porque las armonías, bellezas y luces del cielo no se pueden expresar, aun cuando se pudieran concebir. Son impalpables, son bellezas puras, espirituales como es el alma; sobrenaturales como es el cielo, como es Dios. Cuando los santos las vieron no supieron expresarlas, y Dante no las vio. Fueron fruto natural de su ingenio y de su fe con la ayuda de Dios. Siempre será verdad que *ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni cabe en el corazón del hombre lo que Dios tiene preparado en el cielo para los que le aman*[1]. Nada se parece a Dios, y Dios es inefable, y es el mismo Dios quien se da y hace bienaventurado a quien se da.

130.—De la luz del cielo dice Dante: *Vi yo más de mil resplandores venir hacia nosotros, y en cada uno se oía: «He aquí lo que acrecentará nuestros amores». Y así como cada uno llegaba hacia nosotros, veíase el alma llena*

1. San Pablo: *I a los Corintios*, 2, 9.

de júbilo en el claro fulgor que salía de ella... «Estamos encendidos por la luz que por todo el cielo se derrama...», me fue dicho por uno de aquellos espíritus[2].

La luz, la armonía dulcísima intelectual-espiritual, la alegría jubilosa llena todo el cielo. Porque en ella rebosan los bienaventurados, le dice a uno el poeta: *Bien veo que anidas en tu propia luz y que ésta sale por tus ojos, que brillan cuando ríes; pero no sé quién eres... Esto dije yo dirigiéndome al resplandor... Por exceso de alegría se me escondió dentro de su fulgor la figura santa*[3].

La armonía del canto dulcísimo se oye en la luz, pero canto y armonía y luz son intelectuales, espirituales; el sentido no puede percibir tanta delicadeza. *Dentro de aquellas luces que antes nos aparecieron sonaba un Hosana tal, que nunca después me ha faltado el deseo de volverlo a oír*[4]. Es la alabanza de regocijado agradecimiento y admiración a Dios Trino y Uno, que los hace felices y no puede expresarse nada más que con alegorías y metáforas.

Así dice: *Aunque llame en mi ayuda al ingenio, al arte y a la costumbre, no podré decir lo que vi, nunca imaginado... Tal era aquí la cuarta familia del Altísimo Padre, que siempre la satisface mostrando cómo engendra al Hijo y procede el Espíritu Santo*[5].

2. Dante Alighieri. *La Divina Comedia.* «Paraíso», canto V, vrs. 103.
3. Id., id., canto V, vrs. 124.
4. Id., id., canto VIII, vrs. 28.
5. Dante Alighieri: La Divina Comedia «Paraíso», canto X, vrs. 43.

Dante expone la doctrina de la teología, representada en su bienaventurada Beatriz, en la misma metáfora de la luz y de la alegría. Por eso esta armonía y esta luz y júbilo proceden de Dios omnipotente, Verdad y Amor Sumos, y son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en una única naturaleza. *Y oí en la luz más divina... una voz responder: Cuanto dure la fiesta del Paraíso, durará la irradiación de nuestro amor en torno a nuestro ropaje. Su claridad depende de nuestro ardor. El ardor de la visión celestial y ésta corresponde a la que otorga la gracia a la natural virtud*[6].

El entendimiento del alma bienaventurada lo ve todo con *la luz de gloria* que Dios la ha comunicado. *La luz de gloria* infundida por Dios levantó la capacidad de entender del entendimiento sobre su capacidad natural, y así levantado y fortalecido, puede ver ya a Dios directamente en su esencia. Y en Dios, en la esencia y Sabiduría de Dios, ve las perfecciones de Dios y ve también todas las cosas y todas las verdades. El entendimiento sobrenaturalizado con esta luz de gloria es el que ve, y entiende, y posee, y goza todas las cosas en Dios con luz espiritual y sobrenatural. En esa luz ya no hay distancias, como no las hay para los espíritus, ni hay cuerpos o mundos opacos que impidan la visión y el conocimiento. Lo ve todo y no lejos, sino junto, simultáneo y detallado. El entendimiento, ya sobrenaturalizado

6. Id., id., canto XIV, vrs. 34.

y fortalecido sobre sí mismo con esta luz sobrenatural especialísima, queda por encima de las leyes de la naturaleza y lo ve y conoce todo y ve y trata gloriosamente con los ángeles y con los bienaventurados en Dios. No recibe la verdad o conocimiento por medio de los sentidos, sino que lo ve en la Sabiduría de Dios y en la esencia divina, donde no hay error y el conocimiento es exacto.

Su guía, Beatriz, irradiando más fulgor y más alegría por sus ojos, le dice: *La luz divina cae sobre mí, penetrando por ésta en la que me envuelvo, y su virtud, unida a mi entendimiento, me eleva sobre mí de tal manera que veo la Suprema esencia de la cual procede. De aquí viene la alegría con que brillo, porque a la visión mía tan clara, uno la claridad de la luz que me ilumina*[7].

131.—No hay capacidad en los sentidos del cuerpo para poder percibir tan delicadas y dulcísimas armonías y luces, todas las cuales ayudan a la exaltación del éxtasis, que produce la visión de la esencia de Dios. La materia no puede percibir estas espiritualidades. Es el entendimiento *iluminado con la luz de gloria* el que ve, oye y admira las bellísimas luces de los que en la tierra fueron contemplativos, o de los que, viviendo en los claustros, mantuvieron puro su corazón, o de los Apóstoles y Doctores de la Iglesia.

7. Id., id., canto 21, vrs. 83.

El entendimiento ha visto desde aquel cielo *que es pura luz intelectual llena de amor, amor del verdadero bien, henchido de júbilo, júbilo que supera toda dulzura*[8]. *Mi vista ni en la altura ni en la anchura se extraviaba, sino que disfrutaba enteramente de la cantidad y de la calidad de aquella alegría. El cerca y el lejos allí no ponen ni quitan, pues donde Dios gobierna sin intermedio, la ley natural nada significa… Y Beatriz le dijo: «Mira cuán grande es el concilio de las blancas vestiduras»*[9].

Dante veía el cielo como una rosa donde estaban los bienaventurados, y dice: *Ni el interponerse entre la altura y la flor tanta multitud alada impedía la vista y los esplendores, pues la luz divina penetra por el universo…, de modo que nada pone obstáculo*[10]. *Vista y amor, todo dirigía hacia un punto, hacia Dios*[11]. Con esta belleza impalpable, espiritual, intenta hacer resaltar la alegría y la armonía y luz del cielo y dar relieve a la hermosura más grande y más deslumbrante. Los sentidos no alcanzan a percibirla, pero la goza el alma conociéndola. Son belleza, luz y armonía puros, espirituales e intelectuales, como el entendimiento que la percibe.

Brillando en esta luz incomparable, sobre angélica, presenta la hermosura de María y de Jesús, el Sol que enciende todas las luces. *Cualquier melodía,*

8. Id., id., canto 30, vrs. 38.
9. Id., id., canto 30, vrs. 118.
10. Id., id., canto 31, vrs. 20.
11. Id., id., canto 31, 27.

la más dulce que suene aquí abajo, y más atraiga el ánimo, parecería una nube que truena desgarrada, si se la compara con el sonido de aquella lira, que coronaba el más bello zafiro con que se adorna el más claro cielo[12].

Sus ojos, cada vez más limpios, vieron *sobre millares de luces en el Sol (Jesucristo), que todas las encendía y por la viva luz transparecía la sustancia luminosa tan clara a mis ojos, que no la podía soportar... No alcanzarían las musas ni a una milésima de la verdad cantando la santa sonrisa y de qué manera hacía resplandecer el santo Rostro*[13]. ¿Cómo es ese rostro? ¿Qué encanto y atracción deliciosa hay en él? ¿Cómo irradia contento?

Levanté los ojos, y... vi una parte en lo más alto que sobrepujaba en claridad a todas las demás... Y en aquel Rostro... vi sonreír a una belleza que infundía el gozo en los ojos de los demás santos y... no me atrevería a expresar lo más mínimo de sus delicias. Era la Virgen[14].

La voz de luz le dijo: *Debes saber que todos los bienaventurados reciben un placer tanto mayor cuanto más su mirada profundiza en la Verdad, en la cual se calma toda inteligencia. Aquí puedes advertir cómo se funda la beatitud o felicidad en el acto de ver, no en el acto de amar, que viene después, y la contemplación es medida del mérito*[15].

12. Id., id., canto 23, vrs. 97.
13. Id., id., canto 23. vrs. 28.
14. Id., id., canto 31, vrs. 133.
15. Id., id., canto 28, vrs. 106.

Y su entendimiento fue fortalecido con la luz de gloria para poder ver a Dios, sin la cual es imposible *ver el resplandor infinito... ¡Oh abundante gracia por la cual osé fijar la mirada en la Luz eterna hasta que la vista agotó su posibilidad... Aquella Luz causa tal efecto, que no es posible apartarse de ella para mirar otra cosa..., porque en Ella está todo el bien, que es el objeto de la voluntad, y fuera de ella es defectuoso lo que allí es perfecto*[16].

¡Oh Luz eterna, que sólo en Ti existes, sola te comprendes y que por Ti, inteligente y entendida, te amas y te complaces en Ti![17]. Su fulgor y su delicia había satisfecho todos sus deseos.

Ya el entendimiento levantado e iluminado sobre su capacidad natural de entender con *la luz de gloria* veía a Dios en su esencia y en Dios veía y gozaba todas las cosas y todas las sonrisas y delicias de los bienaventurados y ángeles. Veía no con esta luz del sol que ilumina la tierra ni con los ojos de su cuerpo; veía con la luz pura, espiritual, sobrenatural, que todo lo ilumina y esclarece. Veía con la luz sobrenatural especialísima del cielo. Era feliz.

16. Id., id., canto 33, vrs. 100.
17. Id., id., canto 33, vrs. 124.

Capítulo XXII

La luz de gloria

132.—Con frecuencia he pensado y pienso en el cielo, en la hermosura, claridad y luz del cielo. He procurado leer en las vidas de los santos, que tuvieron visiones del cielo, lo que dicen de su luz y de sus armonías, confrontándolas con los principios de la teología, para adquirir conocimientos e ideas sobre la hermosura del cielo, y me han ensenado más los santos, siempre que sus revelaciones estaban conformes con la teología, que los teólogos. El teólogo sólo debe explicar la fe o la revelación de Dios.

Un bálsamo de contento y gozo ungió mi espíritu al saber que la luz del cielo no es esta luz de los astros que da claridad a la atmósfera e ilumina la tierra, con la cual luz nuestros ojos ven la hermosura de la naturaleza, el matizado de la aurora y de las flores y la diversidad de los seres. Con alegría cerré los ojos para fijar la mirada de fe dentro de mi

alma, y dentro de mí vi a Dios infinito y amorosísimo, Creador de la luz sobrenatural, espiritual, purísima en la inmensidad del espacio, y vi también una luz sutilísima, material, también sobrenatural, difundida por todo el universo, luz invisible a estos ojos del cuerpo, en la cual viven los ángeles y los bienaventurados. Las sustancias espirituales, ángeles o almas, ven y conocen en estas luces, comunicándose mutuamente la verdad clara y exacta en la intimidad gozosa del silencio. En estas luces ven y conocen también los mundos y los seres materiales que existen con sus propiedades y perfecciones.

En la luz sutilísima, material y sobrenatural difundida por todo el universo, verán y vivirán los cuerpos gloriosos de los bienaventurados.

Los ángeles y las almas ven directamente con el entendimiento y ven con toda claridad y con toda precisión la verdad, y mutuamente se ven y se comunican los pensamientos y amores, no con palabras, sino la verdad misma, sin posible engaño ni incomprensión. Es la verdad misma.

Y llénate de gozo, alma mía, viendo por encima de estas luces sobrenaturales y purísimas la Luz increada y eterna, que es Dios, el mismo Dios, en su Sabiduría eterna e infinita. Porque los ángeles y los bienaventurados viven y tienen su dicha en la misma sustancia y vida de Dios. En Dios, en su misma Sabiduría, todo lo ven y conocen simultánea y detalladamente, sin posible error. Se comunican

sus pensamientos y sus amores, sus mutuos gozos y felicidad en la misma esencia creadora de Dios, en quien moran. Ven clarísimamente los pensamientos y gozos o verdades que mutuamente se quieren comunicar. Y mutuamente se gozan en sus gozos y en su perfección en alabanza gloriosa a Dios.

Gozaba yo en mí mismo viéndome lleno y envuelto en esa Luz infinita de Dios y que Dios me llenaba y envolvía en la luz creada sobrenatural, que me hacía feliz. Nunca me la había podido figurar. Tampoco ahora puedo, porque lo espiritual, y con más razón si es sobrenatural, no tiene figura, ni límites, ni contornos. No puede pintarlo la imaginación ni aun el entendimiento. Pero da mucho contento saber que tiene que ser así; que los bienaventurados, como los ángeles, viven en Dios viendo y gozando su hermosura; que se ven a sí mismos y ven a los demás y todos los seres y verdades en Dios y tienen su delicia en la misma delicia de Dios. Viven la luz y el gozo de Dios y en la Luz y gozo de Dios, todo lo ven y poseen. En la Luz y visión gloriosa de Dios se conocen y comunican mutuamente cuanto desean, no por palabras, sino directamente la verdad misma en gozo y sin posible engaño error o incomprensión.

133.—El conocimiento de esta verdad excitó en mí otro deseo no menos santo y delicado ni menos vehemente. Intenté también satisfacerlo.

Con la confianza que tenía en la santidad y ciencia de aquel religioso recogido, me atreví a decirle aún:

—Bien conoce mi deseo de instruirme en estas verdades tan hermosas y altas como poco oídas, porque ni aun en la predicación y explicación doctrinal las oigo, a pesar de ser fundamentales y tan alentadoras. Mucho le agradezco cuanto de la luz del cielo me ha explicado. Pero he oído que en el cielo se nos infunde la *luz de gloria*, e ignoro qué es esa luz o si es esta misma luz del cielo. Mucho agradecería me explicara qué es esa luz que nos da la visión de Dios y qué veremos en la visión de Dios para que nos pueda hacer felices y dichosos para siempre, como nos enseña la fe. Conociendo estas verdades se fortalecerá mi fe y me esforzaré más para amar a Dios y santificar mi vida.

—¡Oh amadísimo! —me dijo enseguida con apacible bondad y sonriendo—. Yo creo en estas verdades tan sublimes y me llenan de esperanza y ánimo, y me complazco en meditar continuamente sobre Dios y sobre el cielo y su vida feliz, y quiero no apartar su consideración de mi memoria. Pero no poseo conocimientos claros ni profundos sobre esas verdades. ¿Y quién puede tenerlos? Ni los teólogos más preclaros los tienen. Tienen la fe. Si algún santo vio algo extraordinario por una gracia muy especial de Dios, no supo decir nada; sólo le quedó la admiración y la alabanza a Dios, y, como ya te dije, Santo Tomás, con todo su talento y continuo estudio y con

la profundidad y precisión de palabras que todos admiramos, en sólo unos instantes que recibió esta luz de Dios tales cosas vio de lo sobrenatural, que no se atrevió a escribir más, y dijo que cuanto había escrito era todo como paja, y lloraba de amor y alababa al Señor, no apartándose del sagrario, y vivía en admiración, como fuera de sí.

Yo quiero meditar y mirar estas verdades de luz, que son las más hermosas, me abren más dilatado y hermoso horizonte y me animan a vivir la vida recogida y a practicar la virtud y el sacrificio. Quiero estar y vivir con Dios, sólo para Él, que es como viviré también con más provecho para el prójimo, y pienso lo más que puedo en el cielo, porque deseo tener el conocimiento más perfecto que me sea posible de mi Patria dichosa para toda la eternidad. La consideración de Dios y del cielo hace la vida de retiro y de recogimiento un cielo anticipado, pero no admite disipaciones mundanas, o deja el retiro de ser cielo y se convierte en carga insoportable. Para que te sea cielo el retiro, decían, entre otros muchos santos, San Anselmo y San Romualdo, desecha todo recuerdo de mundo... Mundano y cielo son incompatibles, como lo son recogido y disipado.

Estas verdades sobrenaturales llenan mi alma de alegría. Disfruten otros con disipaciones de diversiones, de excursiones, de cuentos, de curiosidades y regalos. Yo gozo en estar pensando y como envuelto en estas bellezas sobrenaturales y vivirlas.

A nadie envidio por sus risas de mundo y correrías de ver países y monumentos. Yo me recojo en la belleza y en la luz de Dios y lo tengo todo. Por eso leo las vidas de santos y cierro muchos ratos los ojos mirando a Dios y mirándome envuelto en Dios y mirando a Dios en mí, y estoy con Él para amarle más y amándole conocerle mejor. Para que cuezan en mi alma estas ideas como decía un filósofo envolviendo su cabeza con el manteo sacerdotal para pensar. ¡Y qué buen Maestro es Dios para el que quiere ser su discípulo, y su hijo, y su enamorado! ¡Y qué buen Enamorado del alma es Dios! ¡Qué amoroso! Cogido de su mano, me recreo y gozo en todas esas bellezas del cielo en su compañía, y mi retiro y silencio se transforman en una delicia anticipada del cielo. Mi celda se hace cielo de lunes y armonías calladas y espirituales, pero gozosísimas cuando Dios quiere.

134.—Sabrás que nada recoge tanto mis potencias ni alegra tanto mi espíritu como poner mi atención en la hermosura infinita de Dios y fijarme, con mirada de oscura y dilatada fe, en el Ser infinito de Dios, que, como infinito, es Suma Sabiduría, Sumo Poder y sin límites en la Bondad y en la Hermosura. Dios, Sumo Bien, llena el cielo de insospechable alegría y delicia y también llena mi alma.

El cielo será mi Patria verdadera y feliz para siempre y la Patria de todos los bienaventurados y

ángeles, y Dios será mi vida dichosa. Dios ha creado el cielo y la alegría y deleite del cielo para que sea morada gloriosa de sus escogidos. En el cielo, por encima de todas las delicias, se da el mismo Dios y da o comunica su misma vida gloriosa a los bienaventurados. Por eso yo experimento también que sólo mirar al cielo me recoge y alegra. ¡Oh suspirada y soñada Patria de la dicha, donde se vive al mismo Dios!

—Quiera el Señor —le dije— me recoja y alegre también a mí y me esclarezca el alborear de tan dichoso día y tan embelesadora como deseada morada. ¿Y qué será la luz de gloria? —insistí yo—. ¿Qué se verá en la visión de Dios y qué será esa visión para llenar y saturar a todos de felicidad perpetua en todos los deseos del alma? Porque veo que la luz de gloria es distinta de la luz del cielo de que me acaba de hablar.

—Dios mío— me dijo entre acobardado y gozoso—, Dios mío, ¡qué maravillas diría yo de esta luz y Visión de Dios, que me pides, si yo supiera decir: «El hermosísimo fulgurar de tan altísima luz asombra y corta toda expresión»!

¡Oh Luz beatísima, ilumíname ahora! Juzgo que mientras el hombre vive en la tierra no puede tener noción concreta y precisa de lo que es la Luz de gloria, como no la puede tener de lo sobrenatural. Aunque más claro te lo diré enseguida, la Luz de gloria es la infusión de la capacidad y fuerza de entender

que Dios pone en el entendimiento creado, levantándole sobre su entender natural al entender sobrenatural y dándole un conocimiento sobrenatural extraordinario, vital y permanente para ver y entender directamente el Ser infinito de Dios con sus atributos o perfecciones.

Cuánto se ve en la visión directa de la esencia de Dios, Ser infinito, es imposible vislumbrar ni entender. Esto nos muestra, al mismo tiempo que lo maravilloso de este don de la Luz de gloria, la infinita Grandeza y Hermosura que se ve en Dios.

Ver a Dios en su esencia es ver la perfección infinita y el infinito Bien. Es la gloria verdadera y el deleite de dicha y satisfacción. Ni ya se puede dejar de mirar a Dios, siempre admirándole y deleitándose más. Porque en Dios se ven, conocen y entienden todas las demás cosas. Pero la gloria y el gozo producidos por el conocimiento y posesión de toda la creación y de todos los demás seres, aunque sea también inconcebible, es como nada ante el gozo de Dios; es como un satélite, como un átomo diminuto y de nada alrededor de este Sol, de esta claridad infinita, que crea y embellece todas las hermosuras; es, como antes te dije, menos que una cerilla encendida metida en el centro refulgente del sol.

Sólo Dios es la dicha o felicidad, y la gloria verdadera, no porque lo demás no comunique gloria verdadera, sino porque Dios es la gloria esencial y

lo demás es todo don recibido de Dios y como nada ante lo infinito de Dios.

Ningún entendimiento criado tiene capacidad para ver la infinita esencia de Dios, y para que pueda verle, el mismo Dios le robustece con la luz de gloria.

Dios es un Ser sobrenatural. Es el único sobrenatural por su mismo Ser. Su naturaleza es tan alta, tan sutil o inmaterial, que los entendimientos no tienen de suyo agudeza o poder para verle con su entender natural. Dios los robustece y comunica un poder o una capacidad de entender más alto y sobrenatural, y aumentada así lo que llamaré, para darme a entender bien, la perspicacia o agudeza del entendimiento, queda éste preparado, fortalecido y con capacidad para ver ya directamente a Dios en su esencia, y en la esencia de Dios ver sus perfecciones infinitas, porque en Dios todo es esencia, y ve también todas las demás cosas. Desde el momento en que el entendimiento y el alma reciben esa fuerza, esa vista y vida nueva, quedan sobrenaturalizados, endiosados, empiezan a ver a Dios y empieza la gloria y la dicha. En Dios ve, conoce y goza gloriosamente todas las cosas. Esta es la visión de Dios, ésta es la felicidad gloriosa.

Esta Luz de gloria, esta fuerza y vida nueva la infunde Dios en el alma. Pero no es algo externo solamente, que se recibe; es también luz y conocimiento y vida propia del alma. Es don de Dios y es

acto vital del alma. Como el alma, viendo a Dios, conoce a Dios y toma posesión de Dios, y vive la misma vida de Dios en Dios mismo, y Dios vive en el alma, la luz del cielo es también vida propia del alma, acto vital e íntimo del alma. Como los ojos reciben vida de la vida que Dios me da, también la luz de gloria que Dios me infunda es luz y vida propia mía y vitalidad de mi alma.

135.—Esta nueva y sobrenatural capacidad de entender que recibe el entendimiento o esta divinización del entendimiento y del alma por la luz de gloria recibida, no es en todos igual, sino en proporción de la gracia sobrenatural y del amor de Dios que el alma tenga al morir. Dios transforma a la gracia y el amor de cada alma en luz de gloria; según sea la intensidad de la gracia y del amor, será la intensidad de la luz de gloria[1]. Y según sea la intensidad de esta luz, será la claridad con que vea y goce a Dios y la claridad y la extensión de los conocimientos de los seres de la creación.

Como quieres que te lo explique muy claramente, voy a ponerte, si me es posible, alguna comparación, aunque casi no me atrevo, porque las comparaciones no son las realidades y resultan muy deficientes y con grandes impropiedades, y más si

1. Santo Tomás: *Suma Teológica*, I, q. 12, a. 5. *Salmatincense: De Visione Dei.*

son del orden sobrenatural con el orden natural, pues no hay proporción entre un orden y otro. Pero no encuentro otros términos para expresarlo y explicarlo o, más bien, intentar aclararlo.

Miramos el firmamento y siempre nos parece novedad por tantísimas estrellas como brillan y le embellecen. siempre nos admira tanta grandeza y tanto orden, y el asombro crece cuando se conoce algo de la intensidad, de la magnitud, de la velocidad y brillo de esos que vemos como puntitos incandescentes y muchos de ellos son millones de veces mayores que el Sol en la magnitud, en la intensidad de su resplandor y calor y en la velocidad de su girar. Según nos dicen los astrónomos, todos parece se mueven al unísono hacia un punto determinado.

El que tiene mejor vista ve muchas más estrellas y más variedad. Y si en lugar de mirar sencillamente con los ojos, se mira a través de un telescopio, se agrandan los espacios, se multiplican las estrellas y su brillo, se acercan las constelaciones; se dilata el espacio y aparecen las supergalaxias y constelaciones nuevas y más admirables, las cuales no se veían con la simple mirada de los ojos. Son los mismos ojos, pero ahora ven muchísimo más con la ayuda del telescopio, y la admiración es mucho más intensa, porque el telescopio ha dilatado el campo y la claridad de la visión en proporción de la perfección del telescopio. Y lo mismo admiramos en el mundo

de lo diminuto. Con un buen microscopio se ven hasta los microbios, que tanta importancia tienen y tanta maravilla encierran. Son los ojos los que ven, pero no podrían ver todo eso sin el auxilio de los instrumentos.

Al comunicar Dios la luz de gloria no pone un telescopio en nuestro entendimiento; pone lo que es inmensamente más maravilloso: pone o infunde una nueva perfección sobrenatural, una energía o fuerza nueva sobrenatural, en el entendimiento del bienaventurado, no fuera del alma, como el telescopio y los lentes están fuera del ojo, sino en la misma alma; es energía vital o vida de la propia alma gloriosa; esa fuerza nueva sobrenatural es participación del mismo entendimiento divino; con ella el alma se hace deífica ya gloriosamente. Mientras vivimos en la tierra, la gracia pone vida sobrenatural en el alma, y la hace participante de la naturaleza de Dios, pero no se hace sensible ni la hace gloriosa ni asegura su permanencia; se puede perder y muchas veces se pierde. La Luz de gloria da al entendimiento una capacidad de ver o entender que antes no tenía, y con el ver, el gozar. Con ella ya puede ver a Dios, ya recibe los gozos de Dios. Entra en la visión y posesión de Dios. Ya no se puede perder. Es bienaventurado para siempre. A eso llamamos la Luz de gloria.

Esta luz de gloria, como es transformación de la gracia que el alma tenía, tendrá la perfección que se

tenga de gracia, y se verá a Dios y en Dios se verán o tendrán los conocimientos de todas las cosas criadas, no en proporción del talento ni de los estudios o conocimientos que en la tierra se tenían, sino según la perfección de esta luz de gloria y por lo mismo en proporción de la santidad de cada alma. Quien más amó, más verá de Dios y más conocerá del universo, de las ciencias criadas y de todos los seres.

136.—Al recibir el alma esta luz de gloria, que Dios la comunica e infunde, que es la transformación de la gracia en esa Luz, empieza la visión de Dios, empieza a ver directamente la esencia de Dios y las perfecciones divinas, empieza la felicidad, la gloria... Como cuando el foco está preparado y se pone en contacto con la energía eléctrica se hace incandescente y se hace luz, el alma se hace gloriosa viendo a Dios y empieza la felicidad que ya no tiene fin.

Con la luz de gloria recibe el alma las dotes gloriosas, que son perfecciones que embellecen el alma y sus potencias y la hacen feliz para siempre y sin interrupción.

Me parece haberte dado la idea de que *la luz de gloria* es una fuerza o vigor sobrenatural especial que Dios comunica directamente al entendimiento creado, sobrepuesta a la capacidad natural. Dios le infunde esa Luz o extraordinario modo de entender

a modo de hábito continuo y permanente. El alma continuamente verá a Dios Con la Luz de gloria el alma queda transformada, sobrenaturalizada gloriosamente y divinizada. Con la visión de Dios el alma participa y vive la naturaleza y vida gloriosa del mismo Dios. Esta participación es en proporción de la gracia y del amor que tenga.

El alma gloriosa es ya Dios por la unión perfectísima que el mismo Dios ha querido hacer con el alma comunicándola sus perfecciones, su poder, su saber, su gozar en el mismo Dios, como el agua con esencia de rosas huele a rosas, como la oscuridad se transforma en claridad cuando entran los rayos del sol, como el agua hervida en un manjar tiene la sustancia del manjar.

La luz de gloria, transformando y divinizando el alma, transforma y diviniza el entendimiento gloriosamente con la visión de Dios, y se transforma también la voluntad y la hace divina y gloriosa al recibir el alma las dotes de la gloria, que son la visión, comprensión y fruición.

Con la luz de gloria y visión de Dios el entendimiento está habitual y permanentemente en el más alto, activo, noble y gozoso entender. No está inactivo contemplando a Dios, sino en la total actividad de toda su capacidad de entender y en la más satisfecha delicia. Está entendiendo y entiende a Dios y todas las cosas en Dios y se llena de la gloria y delicia de Dios como el cristal en su diafanidad se llena

de luz, como se hace fragancia el agua con un perfume, y el aire se hace luz y fragancia. El entendimiento es feliz y comunica su felicidad a la voluntad y a toda el alma con la *visión de Dios glorioso y presente*. Con la visión está viendo, entendiendo y viviendo en el mismo Dios, el Sumo Bien y la infinita delicia. Dios es feliz y glorioso en Sí mismo y lo es para el bienaventurado, pues el bienaventurado vive a Dios y Dios llena al bienaventurado de dicha. La visión de Dios es el premio de la fe con la cual en la tierra se guiaba y le veía segura, pero a oscuras, en ignorancia y tinieblas, sin entenderle ni gozarle. Ahora le ve en toda claridad y hermosura y vive su misma claridad y gozo.

La *comprensión de Dios* no quiere decir que el alma bienaventurada le comprende totalmente, sino que le tiene presente y le goza, y le tendrá y gozará siempre glorioso con seguridad. Para siempre será feliz estando en Él, poseyéndole como premio de la esperanza que vivio en la tierra. Ahora posee lo que esperó.

Y *la fruición y gozo* es un deleite también presente, actual, lleno. La voluntad está rebosando en todo bien y amando en los mares de amor glorioso, como premio del amor con que en la tierra amaba a Dios y de las ansias que tenía de amarle más[2].

2. Un Carmelita descalzo: *Dios en mí*, lect. med. II, número 27.

Las dotes gloriosas del alma en el ciclo son premios permanentes para comunicar la misma bienaventuranza y felicidad que se produce en la actividad altísima del entendimiento con la visión directa de Dios, conseguida por la Luz de gloria que Dios ha comunicado al entendimiento, transformándole en divino por participación.

¡Oh Luz divina! ¿Cuándo tomarás posesión de mi alma y levantarás y sobrenaturalizarás o harás deífico mi entendimiento para que ya viendo a Dios tome posesión gloriosa de Dios? ¡Oh Luz dichosa de gloria, que has llenado el cielo de divinidad e infundida en las inteligencias de los ángeles y de los bienaventurados los has llenado de la vida y de la felicidad del mismo Dios! Mi alma te saluda y te desea. ¡Oh Luz sobrenatural, que das colmada felicidad! Mi alma te desea y suspira por Ti. En Ti y contigo veré a Dios y seré feliz. ¡Oh visión de Dios! ¿Cuándo los ojos de mi alma se fijarán en Dios sin poder ya apartarlos a otra parte? ¡Oh beatísima visión de Dios en su esencia y en su naturaleza única y en sus tres personas infinitas en perfección! ¿Cuándo mi entendimiento se llenará de Ti? ¿Cuándo, Dios mío, te alabaré y ensalzaré en la jubilosa exaltación de gozo y delicia y de toda felicidad en compañía de los innumerables ángeles y bienaventurados? ¿Cuándo tomarás posesión de mí?

Me atreví a interrumpir sus exclamaciones y su entusiasmo repitiéndole:

—Pero ¿qué se ve en la visión de Dios para producir esa felicidad perpetua que tanto le entusiasma? ¿Cómo en esa visión quedará el alma saciada en todos sus deseos para siempre? ¿Qué será Dios y qué se verá en Dios ara estar siempre en renovado gozo y dicha inconcebible y para siempre, para siempre?[3].

Me miró tierno y emocionado y me dijo:

—¿Quieres saber qué veremos en Dios para ser tan felices para siempre? ¡Oh amadísimo! Veremos a Dios, viviremos en Dios su vida y su gozo. Cerremos los ojos y soñemos en el cielo; soñemos toda felicidad y contento, toda grandeza y hermosura. ¡Soñemos! ¡Oh dulce soñar! Pues todos esos sueños e infinitamente más veremos y gozaremos en Dios, y en Dios veremos todas las cosas. Miremos la visión y luz eterna y repitamos con el poeta místico, hablando con la Luz y Visión:

> ¡Oh lámparas de fuego,
> en cuyos resplandores
> las profundas cavernas del sentido
> que estaba oscuro y ciego,
> con extraños primores
> calor y luz dan junto a su Querido[4].

¡Oh Luz, oh beatísima luz, envuélvenos ya en tu suavísima claridad!

3. *Salmaticenses: De visione Dei*, dip. 4, núm. 25. Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí*. Véase el núm. 173.

4. *S. Juan de la Cruz:* Llama de amor viva.

Capítulo XXIII

Lo que se ve, se entiende y se goza en Dios

137.—Al pretender hablar de Vos, ¡oh Dios mío!, para conocer algo de vuestras perfecciones y poder amaros más, reconozco la incapacidad humana para hacerlo. Los genios más grandes no pueden comprenderte, ¿cómo he de aspirar a mirarte yo tan pobre de inteligencia? ¿Y cómo determinarme a hablar de Ti?

Pero sé, amabilísimo Dios, que te agrada pensemos en Ti y hablemos de Ti, y nos lo mandas. ¿En qué cosa más amable y hermosa puedo pensar? ¿No da contento pensar en las cosas bellas y sorprendentes aun cuando no se comprendan? ¿Y no eres Tú la Bondad y la Hermosura y el Creador de todas las maravillas? Llenas de amor y virtud al alma que te contempla, y te desea y te ama. Tú das especial conocimiento de tus perfecciones a los pobres y

humildes que te miran, te acompañan y sólo te desean a Ti. Gustan los padres que sus niños los miren, los amen, los recuerden, aun cuando los niños no comprendan todavía su valor, y Tú eres mi Padre. Dame, pues, por tu bondad y misericordia, conocimiento y expresión para decir algo de Ti, de tu grandeza y bienaventuranza; de tus perfecciones y delicias, de lo que serás para tus escogidos en el cielo, y me animaré yo y se determinarán cuantos esto lean a amarte con todas sus fuerzas, a entregarnos totalmente a Ti, a tenerte presente en el recuerdo y en el deseo, y Tú nos enseñarás, aun en la tierra, que no hay gozo como el gozo de estar alabándote a Ti.

Los santos más humildes, careciendo de ciencia humana, hablaban maravillas de Ti, enseñados por Ti mismo; gozaban en comunicar tu bondad, atrayendo con ello las almas a tu amor, y hacían sentir lo que David cantaba: *Alegraos, justos, y regocijaos en el Señor y gloriaos en Él, vosotros, los de recto corazón*[1].

Si Tú me enseñas, como te lo pido, también yo, no sabiendo, acertaré a hablar de Ti, bondad y hermosura infinita, y de tus bondades y perfecciones y de las perfecciones y delicias que en Ti veremos y nos comunicarás en tu cielo.

La primera maravilla del cielo y la más incomprensible y admirable y causa de todas las demás y que produce la felicidad es la de ver a Dios directa-

1. Salmo 31, 11.

mente en su esencia. ¡La visión gloriosa de Dios infinito, el ver la esencia de Dios infinita en todo bien y en toda perfección! Es el pasmo de la admiración y gozo. Dios no sólo me mostrará todas sus perfecciones y me dará a entender su omnipotencia y su bondad, sino que viviré con Dios y viviré gloriosamente en Dios su misma vida, su misma felicidad, su mismo gozo. De todo participaré tanto cuanta capacidad haya hecho yo en mi alma.

¿Qué será no sólo entender, sino vivir gloriosamente con la misma gloria de Dios la vida infinita de Dios? La sabiduría de Dios y el poder, la hermosura y el júbilo de Dios será mío propio, dado por Dios según mi capacidad; lo viviré en Dios mismo, conviviendo con Él y hecho una misma vida con Dios.

No me preguntéis cómo será eso, pero lo será. Dios me lo ha prometido y no dejará de cumplirlo. Al fijar el entendimiento en esta altísima verdad, queda absorto y fuera de sí de gozo y admiración y no sería creíble si no nos lo enseñara la fe. Pero es verdad cierta con toda certeza, aunque mi entendimiento no la comprende. Aun sin comprenderla totalmente da más luz a la inteligencia y pone mayor gozo en el espíritu que todas las demás verdades que se puedan conocer o aspiraciones que se puedan tener. El gozo del ciego de nacimiento que, ya adulto, recibe la vista perfecta de repente y en medio de delicias, no puede compararse con esta alegría.

Yo quiero desearla más y pensar en ella con preferencia y, si me lo permitiese mi flaqueza, tenerla presente con amor en mi memoria, sin interrupción, como los ángeles en el cielo. Es el gozo y la flor y el fruto de mi esperanza.

138.—Tengo, Dios mío, ansias de que Tú me ilumines con tu Luz. Ilumíname, te suplico. Tú mismo me enseñaste a tener ansias de Ti cuando decías por tu profeta: *¿Qué cosa puedo yo apetecer del cielo, ni qué he de desear sobre la tierra fuera de Ti, Dios mío?*[2]. *Eternamente estaré cantando las misericordias de Dios*[3]. Porque toda la belleza de la tierra y la creación entera y las más altas jerarquías de los ángeles, todo es ignorancia, oscuridad, fealdad y nada comparado contigo, con tu Ser infinito y con la inefable alegría y hermosura que tienes y comunicas al bienaventurado. Quiero hablar de Ti, de tus perfecciones y bondades, y del cielo para el cual me has creado. ¡Tú eres cl cielo!

El hijo del rey mira a su padre y le abraza sin saber lo que es ser rey. Así yo te miro y te amo.

Santa Teresa, tan experimentada en gozos del cielo y tan expresiva, manifiesta sus ansias de ver a Dios hablando con Él, y dice al mismo tiempo el vacío que sentía en las criaturas: *¡Oh deleite mío,*

2. Salmo 72, 25.
3. Salmo 88, 2.

Señor de todo lo creado y Dios mío! ¿Hasta cuándo esperaré ver vuestra presencia? ¿Qué remedio dais a quien tan poco tiene en la tierra para tener algún descanso fuera de Vos? ¡Oh vida larga!... ¡Oh, qué sola soledad! ¡Qué sin remedio! Pues ¿cuándo, Señor, cuándo? ¿Qué haré, Bien mío?... ¿Por ventura desearé no desearos?[4]. *Toda la ansia es morirme entonces; no me acuerdo de purgatorio ni de los grandes pecados que he cometido por donde merecía el infierno; todo se me olvida con aquella ansia de ver a Dios*[5].

Desea ver a Dios directa e intuitivamente, contemplando su esencia infinita y gozando del gozo infinito de Dios en Dios mismo, y vivir gloriosamente la misma vida de Dios con su Sabiduría. Ese su gozo incontenible e insospechable, es la dicha consumada, es la felicidad perfecta. Con ella queda satisfecho todo deseo. Admirada, decía la misma Santa:

> ¿Qué será cuando veamos
> a la Eterna Majestad?
> ¡Qué gozo nos dará verte![6].

Porque la visión directa del Ser o esencia de Dios es el cielo esencial y es la felicidad, porque es gozar de su gozo y saber con su sabiduría.

4. Santa Teresa de Jesús: *Exclamaciones*, VI.
5. Id., id.: *Vida*, 20, 13.
6. Id.: *Poesías. A San Andrés.*

¡Si me dieras, Dios mío, que pudiera decir algo de Ti, de esa delicadísima Bondad, Hermosura y Grandeza tuya y de la comunicación gloriosa de tu amor!...

Recréate, alma mía, y gózate ahora con pensamientos y bellezas de luz y hermosuras de cielo y de vida feliz de cielo pensando sobre las verdades que te enseña la fe y aun la misma filosofía Sueña grandezas y recréate, que todo es nada ante lo que será dichosa realidad para ti y será para siempre. ¿Qué sentirás y qué empezarás a vivir cuando oigas que lleno de amor te dice Dios: *Entra en el gozo de tu Señor*[7]. Porque en ese mismo momento te descorre el velo de la fe y la oscuridad se transforma en claridad y empiezas a vivir la realidad sobrenatural de la gloria del cielo y quedarás envuelta y hecha luz y claridad de gloria en la Sabiduría, en la bondad y en el esplendor de Dios.

En ese mismo momento te verá, Dios mío, mi alma directamente en tu Ser infinito, no discurriendo, sino viendo, contemplando. Veré, Dios mío, en Ti, con la luz de gloria que me hayas infundido, tu esencia infinita y tus infinitas perfecciones. Veré, gozaré y entenderé tu arrobadora beldad y quedará mi alma y todo mi ser lleno de tus mismas perfecciones y hecho felicidad y gozo en tu misma

7. Mateo, 25, 21.

felicidad y gozo y viviendo para siempre tu vida feliz en Ti mismo.

En ese mismo momento, con tu visión, entraré en Ti, en tu vida y dicha, para ya nunca jamás salir de Ti ni dejar de ser gloriosamente dichoso. Tú eres mi centro de felicidad. ¡Oh momento deseado y deseable! ¿Qué veré, cómo veré y qué viviré en Ti para ser transformado para siempre en dicha y en felicidad? ¿Qué comprenderé y qué gozaré para quedar para siempre saturado y rebosando alegría y delicia? ¿Qué serás Tú, Dios mío, y cuál el alborozo y júbilo de tu vista para nunca ya querer ni poder apartar mi mirada de Ti?

139.—Es tan alta, tan llena de belleza, de luz, de ilusión, de inimaginable bien sin límites la idea que tenemos del cielo, que todos nos consideramos indignos de entrar a gozarle y, de suyo, es verdadera esa idea. Nadie es digno por sí mismo de ir al cielo. Pero Dios nos ha creado para el cielo y quiere que todos queramos ir al cielo, mostrando la verdad del querer en las obras buenas. Dios no dejará de dar el cielo a todo el que con humildad y buenas obras lo quiera y se lo pida.

No hay tesoro alguno tan valioso, real o soñado, ni puede soñarse belleza o delicia alguna que pueda ser comparada con Dios. Dios es sobre todo lo creado, el infinito, el único Ser sobrenatural. Como el cielo esencial es la posesión de Dios por la visión de

Dios, tampoco puede existir algo comparable con el cielo. Yo espero y confío, Dios mío, que en tu bondad me llevarás al cielo, porque me has criado para el cielo y yo quiero amarte en la tierra y tener obras de virtud y Tú me quieres premiar en tu cielo. No es posible formarse una idea apropiada del cielo hasta que no se vea y goce.

El cielo y la gloria no es ver o conocer y vivir una belleza, un gusto o un encanto creado y deseado. Ni es vivir, poseer y gozar todos los bienes, todas las bellezas, comodidades e ilusiones que conocemos o podemos conocer en el mundo. La gloria es, como queda dicho, ver, conocer, vivir y gozar al mismo Dios, Creador de todas las bellezas, de todos los bienes y tesoros, de todos los encantos y deseos. Y Dios es infinito en todo bien y en toda perfección en saber y en amar, y sin límites en el poder y en el gozar e infinitamente glorioso y encierra en Sí todas las bellezas.

Del ser creado y finito, aun cuando sea el más levantado y noble, el que encierre más perfecciones y bondades y de mayor idealidad, al Ser infinito e increado y Creador de todo, siempre hay distancia infinita y no puede haber comparación no sólo entre un ser privilegiadísimo, pero ni entre toda la creación y Dios. Toda la creación con todas sus maravillas es como nada ante Dios. Ninguna criatura puede saber lo que es Dios, ni comprenderle o verle sin la luz de gloria. Ni el entendimiento creado del

alma de Jesucristo puede totalmente comprenderle. Dios es, sobre todo, infinito. Sólo Dios puede comprenderse y se comprende todo actualmente, simultáneamente; Dios ha tenido y tiene y siempre tendrá todo presente. Dios es el ahora de infinita actividad, bondad y perfección. Ni el entendimiento infinito de Dios, en su infinito entender, puede jamás entender algo que no haya tenido, que no tenga, que no haya de tener siempre, ni puede adquirir ninguna novedad y no puede pensar nada mayor de lo que es, porque es todo el bien posible y simultáneo.

140.—Y Dios ha criado mi alma y todas las almas para el cielo, para que tengamos allí eternamente su misma felicidad sobrenatural. Nos ha enseñado el camino por donde hemos de llegar; ha dado libertad para ir por él o salirnos del camino y nunca llegar. A todo el que se determina a andar por ese camino, regala Dios el sobreexcedente don del cielo. Y digo regala el don sobreexcedente porque, aun cuando Dios premia en el cielo según la más exacta equidad hasta un suspiro o un afecto de amor, el cielo se merece por pura bondad y largueza de Dios, y es tan espléndido sobre toda idealidad, que es como un regalo sobreexcedente de Dios para premiar en proporción de las obras buenas y virtudes realizadas exterior e interiormente y en proporción de la gracia.

San Pablo admiraba esta verdad diciendo: ni todos *los sufrimientos y penas de la vida presente son de*

comparar con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros[8], porque no están en proporción con la grandeza del premio que Dios da al bienaventurado en el cielo. ¿Qué será Dios? ¿Qué se verá, conocerá y gozará en Dios glorioso? ¿Qué será vivir su gloria?

Alma mía, recréate y gózate en mirar y admirar ahora ya esa infinita Verdad, hermosura y grandeza de Dios, que será tuya. Y ten presente que los conocimientos de los hombres no se parecen al conocimiento de Dios, como el ser de las criaturas tampoco se parece al ser de Dios, sino de una manera muy desvaída y lejana o impropia, sólo con una semejanza analógica, o sea: no teniendo las palabras el mismo sentido o la misma propiedad, sino una semejanza de proporción y muy diferente, como es diferente, aunque semejante, una estatua de piedra que representa un hombre o un león; pero que no es ni hombre ni león, sino un bloque de piedra muerta e insensible como era antes de labrada, sin poder tener vida aun cuando nosotros la llamemos Lope de Vega o Cervantes por tener su figura.

Porque en la tierra no podemos conocer a Dios directamente viendo su Ser, sino sólo por los maravillosos efectos de los seres creados, muy maravillosos, pero muy desproporcionados; nuestro conocimiento de Dios, aun el de las inteligencias mejor

8. San Pablo: *a los Romanos*, 8, 18.

dotadas y más cultivadas, es muy imperfecto y como un borrón ante la verdad y hermosura real e infinita de Dios[9], o como sombra de la realidad.

Ya al poco tiempo de haberse convertido San Agustín escribió: *El conocimiento que de Dios puede tener el alma (en la tierra) es saber que no le conoce*[10] *o le conoce mejor no sabiendo*[11]. Y Santo Tomás dijo que *con razones de nuestra inteligencia podemos saber y probar que Dios existe..., pero no podemos saber qué es su esencia*[12], sólo que es infinita. Nuestro entendimiento no sólo no puede alcanzar a conocer su esencia, pero ni aun a formar muy remotamente una idea de lo infinito o que se parezca a su esencia infinita ni a sus infinitas perfecciones en una simplicísima e infinita perfección.

141.—Dios es el Ser infinito de infinita perfección en todo bien. ¿Y qué es el infinito? ¿Qué es la infinita perfección? Me entusiasma y llena de luz y de ilusión cuando pienso que Dios es todo lo que es mejor sin límite ni imperfección. Dios es un Ser y una perfección tal, que ni el hombre ni el entendimiento de los querubines ni el entendimiento del alma de Jesucristo pueden pensar nada mejor ni

9. Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí*, lect. med. XI, número 181.
10. San Agustín: *Del Orden*, lib. II, 18, 47.
11. Id., id., lib. II, 16, 44.
12. Santo Tomás: *Suma Teológica*, 1, q. 3, a. 4.

más perfecto, ni aun que se parezca o acerque a su infinita grandeza y perfección[13].

Dios no solamente es lo mejor y lo más grande y superior a cuanto las inteligencias criadas pueden pensar, sino que es de tal manera grande y poderoso y hermoso, que ni su mismo entendimiento, infinito como es, puede pensar nada mayor ni mejor, o algo que no tenga o haya tenido siempre[14].

¡Dios es la infinita perfección! Todos los demás seres que existimos somos seres naturales de otro orden más bajo y distinto de Dios. Todos tenemos algunas perfecciones, que Dios nos dio, muy pocas y muy limitadas. Dios es el único sol vivo de infinito resplandor, de infinito calor y de vida infinita. Los demás seres somos astros apagados y muertos, que recibimos luz y vida de Él, y nos parecemos menos a Dios que la estatua de piedra al hombre o león vivo. Comparados con Dios somos menos que sombras de la verdad y de la luz.

Ni aun tiene capacidad, como queda dicho, el entendimiento criado para ver directamente a Dios y necesita ser fortalecido, levantado y perfeccionado sobre su capacidad natural de entender. La luz de gloria que Dios le infunde levanta el entendimiento al orden sobrenatural, diviniza al alma. Con la luz

13. Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí*, lect. med. IX, núm. 134, y lect. X, núm. 147.

14. Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí*, lect. med. IX, núm. 132, y lect. med. X, núm. 147.

de gloria sobrepasa los modos y la capacidad natural y ve directamente a Dios, entra en la visión de la infinita perfección y grandeza de Dios y a vivir su vida divina. El alma, por la visión de Dios, toma posesión gloriosa de Dios infinito y de sus perfecciones y gozos.

En la tierra nos acercamos al conocimiento de Dios viendo lo que Dios no es. Vamos quitando de Dios todo lo que no es perfecto o las perfecciones que encierran alguna imperfección, porque Dios es la perfección suma y absoluta y no puede haber en Él ni aun sombra de imperfección o de menos perfecto. Dios tiene de un modo eminente las perfecciones relativas. Esto es: Dios no tiene en Sí las perfecciones que por su naturaleza encierran imperfección alguna con la realidad que ellas tienen en los seres que existen, sino de un modo más alto y perfecto, sin imperfección ninguna. Por eso Dios no es tierra, ni es flor, ni es armonía de sonido, ni esta luz del sol, ni tiene figura. Todas estas perfecciones son limitadas, finitas, compuestas, implican imperfección. Dios tiene lo que encierran de perfecto, pero no lo limitado e imperfecto. Dios las ha criado todas y las tiene de modo eminente, esplendoroso, perfectísimo.

Y Dios tiene las perfecciones absolutas de un modo tan perfecto y tan alto como no puede concebirse; ni aun con la luz de gloria en el cielo se pueden llegar a comprender en toda su perfección, porque es Suma e infinita.

Dios no tiene la belleza de la alborada, ni el matiz de la rosa, ni la fragancia de la azucena, ni la armonía del sonido, ni la variedad del firmamento estrellado. Todas esas perfecciones son muy limitadas y muy pequeñas e imperfectas. Dios las ha criado todas. Dios las tiene en Sí altísimamente de un modo eminente, espiritual, simultáneas, con perfección sin límites. Dios es el Bien infinito y la perfección y armonía infinita en todo bien y en perfección total.

Dios no es mole inmensa como los astros; es el creador de los astros. Dios es la vida infinita y el acto simplicísimo de infinita perfección, capacidad y actividad. Dios es simplicísimo e infinito e indivisible. Porque es simplicísimo es indivisible y está totalmente en todas y cada una de las partes. Dios es la Vida infinita y está siempre viviendo la vida infinita en Sí mismo, en infinita actividad y perfección de entender y de amar, de gozar y de poder, y la vive actual, ininterrumpida y eternamente. Dios no puede gozar más de lo que goza, porque está en perpetuo gozo infinito, ni entender más de lo que entiende, porque está en el acto de infinito entender y todo lo tiene siempre presente, actual. Para Dios no hay pasado ni futuro; está siempre en el ahora de la eternidad. Dios siempre lo ha visto y lo ve todo y todo lo dirige y gobierna. Dios todo lo crea cuando determina o cuando quiere crearlo. Dios vive la vida infinita en infinita perfección dentro de Sí mismo, en su misma esencia, y la vive sin interrupción